

violento de blanquecino azul, que los ojos no conseguían contemplar sin encogerse doloridos y ofuscados. De cuando en cuando, rebulléndose, las cuatro jacas de la diligencia sacudían el sudor pegadizo de los arreos, olientes a sebo, o ahuyentaban con la cola la impertinencia insistente de los moscones; y la tarde se alborotaba un instante con la ilusión falsa del leve frescor que fingían los cascabeles y campanillas, tinteneando su níquel con borboteo de fuentecillas.

Si se observa, la descripción trascrita tiene los caracteres de la personalidad misma del autor, un enamorado de la luz y del color, como buen mediterráneo; un visual a quien el contraste de los colores da una sensación plástica de belleza que ha sabido transportar con arte a sus páginas.

El despertar de la adolescencia, es decir, un estado anímico y fisiológico:

Aquella tarde aun fué más violento su desasosiego. Lo sintió repentinamente, de pronto, como una escocedora picadura de insectos. Quiso recuperar su serenidad apacible de la primera hora de la siesta y no pudo. Ni lograba tampoco abandonarse a su inquietud, dejar que le arrastrara su temblor como la marejada de un sueño, navegando a la deriva, dormida la conciencia por un río de agua tibia y despierta, atolondrada por alientos de flores que se le abrían en su propia carne. Todo él participaba en aquella fuga de sus sentidos. Aun pudo contenerse, permanecer quieto en el regazo sombrío de los árboles de la noria, un instante. Pero oyó ruido en la balsa, y el chapoteo de las aguas le hizo levantarse en instintiva busca del alivio que prometía su frescura.

Se le cegaron los ojos con una nube de sangre. Haces de rojos destellos le encendían y herían la mirada y le rejoneaban todo el cuerpo como agudos floretes de filos ardientes. Fué solo un instante. Luego los ojos se le iban tornando claros, y en su cuerpo ya no eran aceros dolorosos, de fuego, los que le penetraban hiriéndole. Ahora era su misma carne la que se abría deliciosamente en rojas comezones, como si le brotaran encarnados claveles de rubor y de deseo. No avanzó un paso.

Como puede verse, la precisión de la impresión anímica trasladada al papel no ha sido obstáculo para fijar dicha impresión en el mejor de los estilos: cuidado e impregnado de un vago sentimentalismo del mejor gusto.

No puede negarse que entre las últimas obras de la última literatura española, esta novela de Juan Chabás es una revelación prometedora; prometedora de una obra que si continúa en el tono y a la altura que se ha colocado con la que comentamos, dará a la literatura peninsular la gloria de un artista de valor.—*Abel Valdés A.*

POESIA

CIELO EXTRANJERO, poemas de
Carlos Préndez Saldías.

Préndez es un poeta que se dedica a ser poeta. Es poeta hasta en su indumentaria. Es poeta en sus amistades y es poeta en política. No es raro, pues, que en sus viajes sea también poeta. Cualquiera otro, llámese Gabriela Mistral o Magallanes, al hacer un paseo por

Europa habría enviado a los diarios una serie de interesantes crónicas; pero Carlos Préndez juzgó mejor cristalizar sus impresiones en un manojo de poesías, y aquí lo tenemos en este nuevo libro suyo, *Cielo extranjero*, tan Carlos Préndez como en *Peregrino del Ansia* y como en *Devocionario Romántico*.

Todos los escritores registran la propiedad de sus libros en la Biblioteca Nacional. En el reverso de la carátula se puede leer: «Es propiedad del autor» o «Es propiedad del editor». Préndez escribe: «Es propiedad de la mujer amada.» Es una nota simpática. En nuestra tierra de positivismo, he aquí un hombre que vive una vida ficticia, imaginaria, sirviendo a ideales que no se cotizan en monedas materiales. Retrocedemos con la imaginación a los tiempos en que los trovadores escribían en sus escudos lemas románticos: «Dios y mi dama.»... «Sólo por ella.»

Préndez Saldías es un poeta romántico y no se avergüenza de serlo. No oculta su corazón palpitante detrás del biombo de bazarrierías deshumanizadas. Cuando el alma se le hincha en sollozos no oculta su llanto de hombre, porque los hombres también lloran, pese a las ingenuas jactancias varoniles.

En este libro, como en todos los otros, Préndez Saldías expresa su dolor de soledad sentimental. Busca una mujer, la mujer por excelencia que ha de aquietar sus ansias y darle un sentido a la vida. La busca y no la encuentra. A ratos cree estrechar entre sus brazos ese ideal,

pero pronto comprende que sólo ha enlazado el vacío, y entonces gime quedamente, con ese lenguaje diáfano y depurado que ha llegado a ser su poesía.

En *Cielo Extranjero* busca en cada ciudad una mujer. La busca en Berlín, la busca en Londres, la busca en París. Y luego en Italia, y en España, y en todas partes del mundo donde existan esos seres frágiles y exquisitos, vasos labrados que cada hombre llena de ensueños a su imagen y semejanza. En Buenos Aires será «esa mujer lánguida que se tendió en sus ojos»; Montevideo le mostrará «tantas mujeres que él hubiese querido»; en el barco será «María Elena, alma de muselina, corazón inocente, rubia sin una pena»; en Hamburgo «Editha, la sonriente pecadora sin alma, lo besó tantas veces con su beso alemán»; en Berlín, «Klara Sachs, berlinesa de los ojos castaños, de la boca sangrante y el corazón divino»; en Italia, «Yolanda, que tiene los muslos con sombras divinas».

Y por fin, tras este largo correr de boca en boca, el poeta exclama:

Mujeres del mundo, mi beso
[extranjero
quedó en vuestros labios hecho un
[cardo vivo
de mi tierra india. Los soles de
[Enero
que abrasan mis campos del maizal
[altivo

y oscurecen viñas y doran trigales,
vinieron conmigo desde mi montaña
a morder ansiosos en labios sen-
[suales
y dejar el cardo del amor que daña.

Mujeres de Francia, Yolanda en
[Venecia,
virgen insaciable del Rhin amoroso.
mi sed halló el vino fragante de
[Grecia
y llené de mieles mi vaso gredoso.

Vuelvo a mis campiñas de cielos
[azules,
la boca sin besos por haber vivido,
a dar a mis boldos olor de abedules
soltando a los vientos los nombres
[que olvido.

Las impresiones de ciudades y paisajes extranjeros que han sido aprisionadas an los versos de Préndez constituyen preciosas reliquias que merecen aparecer editadas en rico libro ilustrado con acuarelas de un maestro del pincel. Ya Francisco Contreras había hecho una buena colección de sonetos destinados a los principales lugares de su peregrinación por Europa; pero estas manchas de color de Préndez las superan por su finura y por la fuerte subjetividad de que están impregnadas.

Pampa Argentina y Buenos Aires nos dan una sensación grande, y al parecer justa, de esa nación de inmigraciones, vientre fecundo de mecánica, que absorbe y es absorbida por el extranjero rubio.

...Inmenso Buenos Aires lleno de almas viajeras, ¿dónde está el alma tuya?

Uno de los cuadros que dejan una impresión más honda es *Koblentz*, que hace pareja con *Canción de Loreley*. El poeta ha ido a la vieja Europa con la visión en el alma de sus lecturas románticas y se encuentra con que los campos y

los ríos llenos de tradiciones han sido invadidos por la industria moderna que pone en todas las carnes blandas de la nación su pata de hierro. Es una de las mejores páginas que Préndez ha escrito en su vida. En unos pocos versos se halla la tragedia entera del hombre de imaginación:

El Rhin, el Rhin es este
y no estás, Loreley.
¿Con un cuento de hadas
turbaron mi niñez?

Tantos años vividos
para salirte a ver,
y no hallarte en el río
cantando, Loreley.

El Rhin, el Rhin es éste
y tú no estás en él.

¿Haces nido en la selva,
lejos del mercader
que navega tu río
desde el amanecer?
Seguiría tu huella
si la dejaras ver...

Yo vine desde el fondo
viejo de mi niñez,
donde el recuerdo nace
y es la vida crear,
y fué mi viaje inútil
que no estás, Loreley.

No es el Rhin, no es el Rhin,
si tú no estás en él.

El poeta vaga de este modo por los cruceros de Europa con su nostalgia auestas, empujado por el ansia de lo que se espera. En París visita la tumba de Musset en el Père Lachaise y en Italia se agudizan sus romanticismos bogando en una góndola de los canales de Venecia. Su encuentro con Santiago Labarca en la ciudad de los

Dux (que inspiró a D'Annunzio la construcción de esa *Nave* grande para salir a la conquista del mar), le da motivo para escribir un poema saturado de serenidad y tristeza.

Y una paz en el alma, y un
[reposo de estrellas
en la amistad. Yo vine del París
[inquietante
y lujurioso, tú del corazón de Grecia,
a estrecharnos las manos y el
[espíritu hermano,
con ternura de hombres, en el mar
[de Venecia.
.....

Es inmenso el amor, pero las
[rosas mueren
cuando logra el deseo, y la carne
[bosteza
en la cruz amorosa de los brazos
[amantes.
El amor es la sola razón de la tris-
[teza.

Amigo, tú ya sabes el dolor del
[amor;
yo del amor que tuve y el amor
[que no llega.
Tiende la mano fuerte, yo la mano
[cordial.
Amor nos hace tristes. Amistad nos
[serena.

Dicen que el viajar ensancha el espíritu y completa la madurez del escritor. Yo siempre he temido salir de la agreste placidez de mi tierra; me pareció que el aire de ajenos lares no saciaría la sed de mis pulmones, y que pasaría por las metrópolis hirvientes de humanidad como un perro triste que ha perdido su amo.

Al parecer, Préndez Saldías ha experimentado en tierras extrañas esa orfandad que yo he presentado para mí. Si algún beneficio sacó de este baño en las viejas civi-

lizaciones ha sido el de afirmar su personalidad de americano y de acrecentar su amor al oscuro terruño. No podía ser de otro modo. Sólo España puede tener para nosotros un regazo tibio que sea capaz de substituir este abrazo de nuestra tierra. A pesar de que Préndez asegura que tiene un antepasado indio, no es de creerle. Su tipo, su mentalidad son de un español de pura raza. Por algo paseó por Europa, como una bandera personalísima, los pliegues de su capa española. Sin embargo, no son sus mejores versos los que dedica a España:

Tierra que amaron un día
mis abuelos castellanos,
te bendice mi alegría
con siete signos cristianos.

Pasa por España como de prisa, y no se siente la emoción honda que debería producir este encuentro del nieto con el abuelo. A pesar de nuestras afirmaciones ruidosas de hispanoamericanismo, tal vez por demasiado ruidosas, no llegamos a la médula de nuestra raza que es la de España.

Préndez tiene una voz sutil y emocionada para evocar a Lima que se confunde con el recuerdo de su madre limeña. Esta vez el cristal de sus versos se calienta y arde con apacible llama:

Mujer que olvidaron mis ojos
y estás en mi sangre;
mujer que me diste en tu leche
dolorida y suave
esta voluptuosa amargura
de vivir en el mundo
a ver si en alguna revive
besando
[mujeres
tu beso,
[madre.

Bella mujer muerta
que estás en mí llorando la vida,
y volverás a morir cuando el paisaje
[negro
deje sus carbones profundos en mis
[retinas;
Madre, corriendo pueblos y hori-
[zontes,
mi corazón de hombre triste ha
[llegado a tu Lima.

Carlos Préndez Saldías ha llegado hace tiempo a la madurez poética; pero ahora se puede decir que está llegando a la cúspide de su torre de ensueños. Este libro escrito bajo *Cielo Extranjero* lo afirma así.—*F. Santiván.*

EL MITIN DE LAS MARIPOSAS, por
Julio Barrenechea.

¡Estudiante y poeta! El autor ha juntado los dos títulos más bellos que pueden llenar el alma de un joven. Estudiante en quien todas las inquietudes actuales encontraron un eco armonioso, y poeta en el mejor sentido de la palabra, como lo ha revelado su libro, para mirar la vida y los hombres.

No lo conocíamos como poeta. Sabíamos sí de su actuación destacada en el elemento estudiantil, con motivo de las incidencias últimas, que le valió persecuciones. Sólo ahora, *El mitin de las mariposas* (1) nos lo ha mostrado como poeta. Y afortunadamente podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nos encontramos frente a un poeta, a un poeta auténtico, que destacará con el tiempo su per-

(1) Editorial Minarete. Santiago, 1930.

sonalidad entre la turbamulta de simuladores, escritores ocasionales de renglones cortos sin sentido, que, amparados bajo la capa amplísima de ser «nuevos», sólo atinan a poblar el ambiente literario de estridencias incoherentes.

Julio Barrenechea puede quedar clasificado entre los poetas nuevos. Pero entre ellos conserva una personalidad independiente de los módulos de las últimas tendencias y al través de ellas ha tomado las novedades que permanecerán incorporadas a las mejores corrientes poéticas. Desde luego, aquellas características sobre las cuales se han edificado todos los últimos «ismos» pueden reducirse a una sola: la novedad de las imágenes. Y es curioso observar que mientras todos los nuevos no hacen otra cosa que exponer liberación absoluta de lo que han llamado los elementos de la retórica vieja, sus producciones sólo son colecciones de imágenes, vale decir metáforas, figuras retóricas de reconocida antigüedad. Si las imágenes coleccionadas en los poemas nuevos fueran siempre nuevas, es decir, contuvieran un elemento novedoso que formara un acierto imaginativo, la poesía nueva no sería combatida en la forma que lo ha sido hasta ahora; pero ocurre que los poemas nuevos, si contienen una imagen novedosa, carecen en cambio de todas las otras cualidades que hasta ahora se han considerado esenciales en un poema, empezando por la coherencia de las ideas y—esto es más importante—de la emotividad poética.